

# Un modelo científico para sor Juana

Margarita Salazar Mendoza\*



La actividad por la que se reconoce la labor intelectual de sor Juana Inés de la Cruz es básicamente su escritura, tanto la versificada como su prosa. Dentro de la primera son reconocidos, por citar dos ejemplos, sus textos dramáticos y sus sonetos, como aquel de “Feliciano me adora y le aborrezco” y en los que salta a la vista la abundancia de figuras retóricas, tales como el quiasmo y el hipérbaton. Por lo que hace a su prosa, diversos estudios se han dedicado a sus cartas, como el muy conocido de Octavio Paz, quien fue seducido por “la perfección de su obra”. Efectivamente, ella es una escritora de primer orden, tanto que dentro de la historia de la literatura

dos son los poemas representativos en nuestro país, *El sueño* de la novohispana y *Muerte sin fin* de José Gorostiza. Y notemos que primero fue el de esta ilustre mujer.

Sin embargo, hay una actividad que poco se conoce de su quehacer: la científica. Los indicios de tal actividad se encuentran sobre todo en ese eminente poema, *El sueño*, y en las cartas, textos que en realidad son extraordinarios ensayos sobre uno u otro tema. Otra cuestión más que debemos tener en cuenta es que tales documentos fueron redactados como fruto de sus disensiones con hombres: la llamada *Carta de Monterrey* de 1681 y que sor Juana dirigió al P. Antonio Núñez; la *Carta atenagórica* de 1690,<sup>1</sup> una crítica a un sermón pronunciado por el jesuita Antonio de Vieyra, y la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, de 1691, cuyo

Fecha de  
recepción:  
2021-10-08  
Fecha de  
aceptación:  
2021-11-15



\* Docente investigadora de la UACJ

<sup>1</sup> Título que según Octavio Paz significa “digna de la sabiduría de Atenas”. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 511.

nombre encubre al obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz.

En su carta, motivo de la crítica que hizo al sermón que predicó él reverendo P. Antonio de Vieyra, notamos las afirmaciones siguientes: 1) que “el entendimiento humano, [es] potencia libre y que asiente o disiente necesario a lo que juzga ser o no ser verdad”, por una parte; por otra, 2) que “fuera bastante mortificación para un varón tan de todas maneras insigne; que no es ligero castigo a quien creyó que no habría hombre que se atreviese a responderle, ver que se atreve una mujer ignorante, en quien es tan ajeno este género de estudio, y tan distante de su sexo”. Así, por un lado, tiene plena conciencia de la capacidad del ser humano para entender y que tal capacidad le permite juzgar que tal o cual cuestión es cierta o incierta. Por otro lado, a pesar de utilizar la expresión mujer ignorante, a quien le es ajeno el estudio, y precisamente por tal mención, da por hecho que a pesar de tal idea de su época, ella se atreve a responderle a un hombre, que no creyó encontrar refutación de otro hombre, y que sin esperarlo, le llegó de una mujer.

En la carta de *Repuesta a sor Filotea de la Cruz*, sor Juana argumenta en su contestación que “es más primoroso medio de castigar hacer que yo misma, con mi conocimiento, sea el juez que me sentencie y condene mi ingratitud”, en otras palabras, se sabe cono- cedora y capaz de juzgar, incluso a sí misma, cosa que requiere madurez in-

telectual. Esto se confirma con sus palabras, aquellas que escribió para el P. Antonio Núñez: “pues fue más humano respeto a su persona, que cristiana paciencia”. Agrega que de “aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no haber en las voces lo mucho que hay que decir”.<sup>2</sup>

Ambas cartas fueron producto de un pensamiento maduro, de un intelecto no común en las mujeres de su época, y ni aún en todos los hombres del siglo. Eso lo entendió el padre Núñez de Miranda, confesor de virreyes, cuando se enfrentó a una joven que no deseaba casarse, y que, por el contrario, estaba ávida de internarse por los vericuetos del estudio, de ahí que le haya propuesto entrar a una orden religiosa. Quizá él creyó que una vez dentro del convento, sor Juana vería aplacado su apetito de conocimientos al encontrarse envuelta en las actividades diarias; sin embargo, dicho ambiente no era para ella, no era mujer que aguantara sacrificios corporales extremos, y que solamente la llevaron a enfermar. Quizá gracias a la juventud, la belleza y la consideración que reconocidos personajes de la época tuvieron para con ella, Núñez se vio obligado a ofrecerle otro espacio, uno más relajado, en el que incluso podría contar con servidumbre, además de espacio para libros e instrumentos; esas nuevas condiciones le permitieron estudiar, escribir, recibir visitas y reunirse

<sup>2</sup> Esta idea me recuerda la expresada por Lucrecio en su *De rerum natura* (vv. 193-198).

con personas externas a la institución. Fácil es entender que esa vida fue una opción para dedicarse al estudio.

Juana Ramírez “No se sentía «llamada por Dios», sino por los libros. Su vocación era intelectual, y tan honda, que nunca le pasó por la cabeza la idea de casarse”, afirma Antonio Alatorre.<sup>3</sup> Eso es notorio en la *Carta de Monterey*, que de acuerdo con los estudios críticos se data en 1681. En ella, diez años antes, la voz de esta mujer es más franca, su desacuerdo más explícito. Cuando da respuesta a su confesor, el jesuita Antonio Núñez, a través de su contestación nos enteramos acerca de su escritura en verso; ella se sabe dotada en tal técnica: se rehusaba a hacerlos, “no porque en ellos hallase yo razón de bien ni de mal, que siempre los he tenido (como lo son) por cosa indiferente”. Esto que ella escribió de su puño y letra es muy conocido, y aun así seguimos ensalzando su trabajo por esa escritura. Mas si dicha actividad le era indiferente, ¿qué era lo que a ella interesaba?, intelectualmente hablando, pues la ciencia, el conocimiento.

En ese entonces se aprendía latín, como ella lo hizo, no necesariamente para escribir, sino para acercarse a la lectura de múltiples obras. Según Francisco de la Maza, en la biblioteca que la monja tenía se encontraban libros sobre diversos temas, entre ellos, obras científicas (cita por ejemplo a Hipócrates y Galeno); también, obras jurídicas, históricas, las filosóficas de

Platón, Séneca y Cicerón, u obras de carácter enciclopédico, como las de Aristóteles y Quintiliano, y las de autores como el cosmógrafo y matemático Johannes of Holywood, quien divulgaba el sistema geocéntrico y escribió el tratado de astronomía denominado *De sphaera mundo*. Así mismo, estaba al tanto de las ideas expuestas por Piero Valeriano, polígrafo que escribió sobre lingüística y arqueología.

Y un nombre propio de la época y del que los estudiosos han demostrado que sor Juana leía su obra, es el de Atanasio Kircher, uno de los científicos e inventores más importantes de ese entonces. Dominaba el griego y el hebreo, profundizó en estudios de humanidades, ciencias naturales y matemáticas, interesado en el vulcanismo y en los fósiles de mamuts; también investigó el magnetismo, la luz y los fenómenos relacionados con ella. ¡Ése era el modelo para esta mujer!, el hombre científico, la persona interesada en conocer la naturaleza, la luz, el sonido, el cuerpo humano; en una palabra, atraída por el saber. Como sostiene Herón Pérez Martínez, *El sueño* acusa huellas de esa influencia kircheriana.

En la prosificación que el alemán Karl Vossler hace de *El sueño*, dice:

Ante el fracaso de la intuición en conocer lo creado, va haciendo escala de un concepto a otro, ascendiendo de grado en grado, para llegar a comprenderlo todo. Su entendimiento procede me-

<sup>3</sup> Antonio Alatorre, “La Carta de Sor Juana al P. Núñez” en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, v. 35, n. 2, 1987, pp. 592-593.

tódicamente desde el ser inanimado hasta subir al reino vegetal, y de allí a los seres sensibles y a las criaturas más perfectas de la tierra, con la frente de oro y los pies de barro, que si bien se levanta altivamente hasta el cielo, el polvo de la tierra sella su boca.<sup>4</sup>

Así, en *El sueño* sor Juana muestra en primer lugar la incapacidad de la intuición como medio de conocimiento científico. Prueba, entonces, la inducción, como método: ir avanzando de los seres inferiores a los de más arriba, de los individuos a los principios, de abajo hacia arriba:

De esta serie seguir mi entendimiento  
el método quería,  
o del ínfimo grado  
del ser inanimado  
(menos favorecido,  
si no el más desvalido,  
de la segunda causa productiva,  
pasar a la mas noble jerarquía  
[...]  
Estos, pues, grados discurrir quería  
unas veces. Pero otras, disentía,  
excesivo juzgando atrevimiento  
el discurrirlo todo,  
quien aun la más pequeña  
aun la más fácil parte no entendía.<sup>5</sup>

Si recorremos con lupa, como un detective, la obra de sor Juana, seguramente notaremos huellas, indicios


tanto de sus lecturas como de sus intereses científicos.

Ella siempre se codeó con hombres, porque eran quienes de facto estudiaban, desde el jesuita Antónío Vieyra, autor del sermón que dio pie a la *Carta Atenagórica*, publicada por el obispo de Puebla Manuel Fernández de Santa Cruz, hasta su confesor, el también jesuita Antonio Núñez de Miranda, quien debido a la fama intelectual de que esta mujer gozaba desencadenó su irritación, así como Diego Calleja, su primer biógrafo. Gracias a Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche, creador de la *Gaceta de México* y uno de los amigos de la monja, se conoce la obra que sor Juana conservaba inédita cuando fue condenada a destruir sus escritos; él fue el editor y escribió el prólogo de *Fama y Obras Póstumas del Fénix de México*, que se publicó en 1700. Incluso un hombre, amigo suyo, fue quien pronunció la oración durante su funeral, Carlos de Sigüenza y Góngora.

Hasta la fecha no hay una explicación satisfactoria de su retiro del estudio; sabemos, sí, que se deshizo de su biblioteca y de sus instrumentos científicos, quizá obligada por su confesor; podemos elucubrar que alguna mella debió hacer la presión de tantas voces para que estampara la conocida frase “yo, la peor del mundo”, en el libro del convento. El hecho de que ella haya encargado al arzobispo Francisco de

<sup>4</sup> Karl Vossler, “La décima musa de México: Sor Juana Inés de la Cruz” (trad. Mariana Frenck y Arqueles Vela), en *Revista de la Universidad de México*. México, Número 9, octubre de 1936, pp. 16-24.  
<sup>5</sup> [vv. 617-710]

Aguiar vender los libros para ayudar a los pobres no prueba nada. Sin embargo, no podemos ignorar aquel indicio de su juventud cuando superó un examen de conocimientos ante un grupo de sabios, mismo que quizá le abrió las puertas a ese ambiente de la corte virreinal, en el que se movían los ilustrados, muchos de ellos profesores de la Universidad de México, lo que le valió ser tan admirada y fiscalizada a la vez.

Sabemos a ciencia cierta de su aptitud para el estudio, de la variedad de sus conocimientos, y aunque tuvo por lo menos dos maestros, quien le enseñó a leer y a escribir y quien le enseñó latín, también percibimos su sorprendente disposición natural para el saber. Así, no es lo sabido sólo lo que yo admiro en ella, sino todo aquello velado, lo que se ignora de esta mujer sobre su acercamiento al conocimiento científico. 



Martha Legarreta. Amargos animales, 2009.

DO  
SSI  
ER